El Amor es Tan Fuerte Como la Muerte

El Pequeño Limpia-Chimineas

El Pequeño Trompeta

101

El Amor es Tan Fuerte Como la Muerte

EN el año 1476, cuando Carlos el Intrépido, Duque de Borgoña, sitió la ciudad de Nancy, del Ducado de Lorraine, la ciudad y su guarnición estaban a cargo de un valiente y patriótico Gobernador, quien tenía una hija única, nombrada Télésile.

Gracias a este Gobernador y su heróica hija la ciudad sostuvo el sitio, hasta que Carlos, furioso por una resistencia tan inesperada y prolongada, hizo un último y desesperado esfuerzo para vencer la ciudad, y tuvo éxito en abrir una brecha en los muros. En un arrebato de venganza y éxito mandó diezmar la población de inmediato. Los habitantes, jóvenes y ancianos, mujeres y criaturas fueron puestos en fila por la calle principal de la ciudad, mientras que los soldados buscaban en las casas aquellos que se habrían escondido para sacarlos y matarlos.

Era un día terrible para la ciudad sentenciada. A la voz de mando del Conquistador, salió un heraldo, y, con un ademán, comenzó a cantar. Cada uno que correspondía al número *diez* debía morir inmediatamente por la espada.

Cerca de la cabecera de la fila estaban Télésile y el Gobernador; y la niña, observando los movimientos del heraldo, vió de inmediato que el número fatal le tocaría á su padre. Rapidamente pasó detrás de él al otro lado. Antes de que el anciano se diera cuenta de su acción, la sentencia que sería para él, había caido sobre su hija.

Por un momento quedó atónito por la sorpresa y la pena, luego gritó al heraldo : " ¡Justicia ! ¡ Justicia ! "

" ¿ Que le pasa, anciano ? " dijo el heraldo, antes de pasar adelante.

" ¡ La cuenta está mal ! ¡ Hay un error ! ¡ A ella no ! " exclamó el padre mientras los verdugos echaban manos de Télésile ; " ¡ Tómenme a mí, puesto que yo era el décimo ! "

" No es así," dijo Télésile con calma, " todos vosotros habéis visto que el número me correspondió a mí."

" Se colocó en mi puesto, que el golpe caiga sobre mí " rogó el anciano ; mientras que ella insistía que era ella la víctima que le correspondía morir.

Maravillados de que dos personas pugnasen por el derecho de morir a manos suyas, los verdugos los llevaron ante Carlos ; y aquí los dejamos por un momento mientras consideramos un hecho de sacrificio propio, amor devoto, que sobrepasa en muy mucho el de Télésile.

El Señor Jesus, el inmaculado Hijo de Dios, en la Cruz del Calvario tomó el lugar del pecador, y permitió que la vara de la justicia Divina cayese sobre Su santa cabeza. Miró por la fila ó línea de la raza de Adam y vió que la justicia debía caer, no como en el caso de la ciudad de Nancy—sobre cada décima persona, sino sobre cada una, " Por cuanto todos percaron, y están destituídos de la gloria de Dios ; " (Rom, 3 : 23). Fué entonces que El en Su infinita gracia vino y sufrió lo que de otra manera debía caer sobre el pecador.

Esto lo hizo a fin de que los justos reclamos de Dios fuesen satisfechos, y el amor del corazón de Dios manifestado. Ahora Dios puede perdonar con justicia los pecados de cada uno que confía en el Señor Jesucristo, por cuanto Dios es " el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús " (Rom, 3 : 26).

Ahora, volvamos al relato. A pesar de su genio violento Carlos tuvo algo de piedad, y quedó muy conmovido por lo que sus ojos vieron.

" ¡ Le ruego que me escuche ! " exclamó Télésile, echándose a sus pies. " Mi vida no tiene valor, permítame que muera. Pero tenga gracia, oh, tenga gracia para con él, el mejor y más noble de todos los hombres."

" ¡ No le preste atención ! " exclamó a su vez el anciano, " Vd. contempla su coraje, su sacrificio, y veo que ha sido afectado ! Vd. no puede, no destruirá una vida tan preciosa."

Por raro que parezca, le vinieron lágrimas a los ojos de Carlos el Intrépido, y con una voz sacudida por la emoción,

gritó, ¡ " Ni el uno ni la otra morirá. Anciano, niña, perdónoles la vida, y por causa de vosotros, las vidas de toda esta gente, puesto que en esta entrevista he ganado el conocimiento que el amor es mayor que el poder real, y que la misericordia es más dulce que la venganza."

Aquí vemos un gran contraste con la escena del Calvario, puesto que allí ninguna mano libertadora pudo ser extendida a Jesús, Quien estaba allí en el lugar del pecador, si es que El iba a cumplir la obra de la redención que había emprendido.

Aquellos que con escarnio decían, " A otros salvó, á sí mismo no puede salvar " (Mateo, 27 : 42) poco conocían la verdad de sus palabras. La tormenta de la ira debía recaer en toda su furia sobre El, si es que nosotros debíamos escapar de la recompensa de nuestros hechos ; puesto que si El hubiese aceptado la liberación, ó por Su propio poder hubiese descendido de aquella cruz, nosotros hubiéramos tenido que cargar con la sentencia tan justamente merecida, para siempre.

En la ciudad de Nancy, en aquel día de gozo y gratitud, hubo una que era el centro de la admiración de sus habitantes. Era la muchacha jóven, cuya conducta heróica había salvado, no solamente a su padre, sino a una décima parte de la población, de una masacre. Así, tambien, en una manera mucho más grandiosa, en el día eterno de gozo y gratitud el Señor Jesús, Quien fué " hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz " (Fil, 2 : 18) será el centro de las huestes redimidas, y el tema de su alabanza y adoración.

En aquel día el Señor Jesús tendrá Su placer y satisfación en la compañía de Sus rescatados, puesto que " Del trabajo de Su alma verá, y será saciado; " (Isaias, 53 : 11). Aquel que " padeció una vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios " (1 Pedro, 3 : 18) tendrá entonces el gozo de ver a cada uno que es lavado en la sangre traído a la casa, y plenamente satisfecho con la grosura de la casa de Dios.

Querido jóven lector ; Jesús te ha amado hasta la muerte. ¿ Le amas tú ? " El cual mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero." (1 Pedro, 2 : 24). El se colocó en tu lugar a fin de que tu tuvieses un lugar con El en la casa de Su Padre, si es que tu Le aceptas como tu propio Salvador, y Le confiesas como tu Señor.

El Pequeño Limpia—Chimineas

LA Condesa de Belville y su pequeño hijo, de once años de edad, estaban sentados el 1° de Mayo en un magnífico salón de su residencia en Londres, a la cabecera de una larga mesa. Alrededor de esta mesa, llena de tortas, masas y otros manjares etc., estaban sentados cincuenta pequeños limpiadores de chimineas con manos y caras limpias, y con corazones alegres.

Te habrás sorprendido, mi querido amiguito, ver a estos pequeños limpiadores de chimineas presentes a la mesa de una dama tan rica, y en un salón tan hermoso. Bien, te contaré como sucedió esto, pero antes diré que lo relatado sucedió hace mucho.

Algunos años antes de esta fiesta la Condesa de Belville tenía un hijito de unos cinco años. Era viuda y éste su único hijo. Había derramado todo su amor en su Carlitos, y el niño vino a ser el único objeto de su pensamiento y cuidado. El gran deseo del corazón de la Condesa era que su hijito llegase a ser convertido al Señor Jesús. Oraba sin cesar que Dios tocase el corazón de su hijito, y se volviese hacia El. Preparó unas oraciones para él cada noche ; pero Carlitos solamente quiso aprender una de ellas : " Señor, conviértame ; cambia mi corazón ; enséñame a confiar en Tí, y a amar a mis hermanos como Jesus nos amó a nosotros," y despues de haberlo dicho rápidamente decía " Amén," y se iba a la cama. La pobra madre lloró y oró mucho por él, pero este pequeño corazón parecía endurecerce más y más.

Un día un sirviente vino a decirle a ella que por una hora habían buscado al Señorito Carlos por toda la casa sin hallarlo, que el portón de la calle había sido mantenido cerrado, y que toda la mañana el niño jugó solo en el jardín.

Puedes imaginarte la aflicción de su madre ; recorrió toda la casa, el jardín, la vecindad pero ninguna persona podia darle

nuevas acerca de su hijito. Envió a sus sirvientes a buscarle por todas las calles de la ciudad, mandó avisos a las autoridades, publicó la desaparición del niño en todos los diarios y ofreció recompensas elevadas a los que podían dar noticias de él. Veinte distintas personas se presentaron dentro de pocos dias, informándole de varios niños que habían visto ; mas ninguno suministró informe satisfactorio. Uno había visto a un niño algo parecido a la descripción que se dío de él, que había salido en un coche, otro había visto a un niño llorando para su madre en la calle, un tercero pretendía haber visto a un pequeño varoncito de la misma edad, y vestido de las mismas ropas, ocupado solo en echar piedrecitas al agua, en la ribera de un río; y aseguraba que, pasando por el mismo lugar poco despues no lo veía en ningun lado.

Este ultimo relato, ya sea por ser tan terrible, ó porque la descripción del niño se asemajaba mucho a Carlitos, causó una impresión muy honda en la mente de la madre, quien no dudaba que era su hijito, y que se había ahogado. Tenía mas razón aun de creerlo, por cuanto supo que el cuerpo de un niño había sido hallado en el río, y sepultado en una pequeña villa unos quince kilómetros de la ciudad. Con esto, persuadida de la muerte de su hijito, la pobre madre no pensó en otra cosa sino en levantar una lápida a su memoria, é ir allá y llorar y orar a Dios para su consuelo. Intentó recordar alguna ocasión en la vida de él cuando su pequeño Carlitos hubiese dicho una oración desde su propio corazón. Repetía a si misma las que ella le había enseñado, mas, ¡ ay ! lo que vino a la memoria de la pobre madre siempré fué el recuerdo de su desobediencia a las órdenes de su madre, su impaciencia cuando le leía cosas serias, y su consancio cuando oraba. ¡Oh, si el pequeño Carlos hubiese sabido cuanta pena le causó a su madre, cuanto hubiera llorado él! Talvez no habría sido tan malo y desobediente. Pero, para consolarse la Condesa de Belville deseaba tener ante sus propios ojos el recuerdo mas dulce que podia tener de su hijo Carlos. Hizo esculpir sobre una tumba un niño arrodillado y sobre el mármol negro hizo inscribir esta oración : ¡ " Señor conviértame : cambia mi corazón; enséñame a confiar en Tí, y a amar a mis hermanos tal como Jesús nos amó. Amén ! "

Ahora bien, pasó un año, pasaron dos y trés sin traer ningun consuelo a la pena de la Condesa. Un día, regresando del

campo, donde había pasado algunas semanas inesperadamente, estando sus sirvientes ocupados en la limpieza de las habitaciones, vió con sorpresa, al entrar en el salón, un pequeño limpiador de chimineas, recostado contra el mármol del hogar. Estaba muy triste, y a pesar del ollin que cubría su cara, podia verse su tez blanca y extrema flaqueza. La cabeza descansaba sobre su pecho, el pobre niño lloraba, enormes lagrimas caían, dejando blancas marcas sobre su negra carita.

" ¿ Que te pasa, niño ? " dijo la Condesa.

" No es nada, señora, no es nada. Hemos venido para limpiar su chimenea y mi amo esta en el techo y baja."

" ¿ Pero, porqué lloras?"

" Es porque," procurando detener las lagrimas, " es porque — "

" Toma coraje, niño," dijo la buena señora ; " dime tu pesar."

" Es porque mi amo me castigará de nuevo."

" ¿ De nuevo ? " dices, " ¿ te castiga a menudo ? "

" Casi todos los dias, señora."

" ¿ Y por qué ? "

" Por cuanto no gano suficiente. Cuando regreso a la noche despues de haber gritado todo el día sin conseguir trabajo, dice que he sido ocioso, pero le aseguro señora, que no es culpa mía. Grito cuanto puedo y nadie me llama. Yo no puedo obligar a la gente a que me permitan limpiar sus chimineas."

" Pero, todos los días no han de pasar sin algun trabajo, y entonces. ¿ no te castiga tu amo ? " dijo la Condesa.

" Pues, señora, entonces me dice que no trabajo lo suficiente y que no limpio como debo, de manera que cuando bajo por la chiminea me castiga de nuevo, a pesar de que hago lo posible. Mas de una vez he arriesgado caerme, ayer me lastimé la pierna. Vd. ve, señora mis pantalones estan gastados del todo en las rodillas." y el pobre niño lloró amargamente.

" Bien, pues yo hablaré con tu amo,"

" Por favor no, señora ; me castigará aún más. No me quejo a nadie, pero en la noche a — "

" ¿ A quien ? "

" A Dios." " Le pido que me lleve de vuelta a mi madre."

" ¿ Tienes entonces una madre ? "

" Tenía, tenía una madre. Oh. Si pudiera volver a ella."

" ¿ Sabes donde vive ? "

" No ; yo era un niño muy pequeño cuando la conocí. Recuerdo solamente una casa, un jardín. Vea, vea, señora, era como esta, los árboles del jardín se veían a través de las ventanas del salón, tal como se ven estos árboles aquí al frente. La chiminea estaba a la derecha como esta, la puerta al frente, y mi madre tenía una cara amorosa y triste como,— ¡ oh ! señora, perdóneme."

Las palabras vencieron a la Condesa de Belville. Se estremeció, y se sentó en el sofá, tomando al niño por una mano y atrayendole a si. Le dijo, " ¿ Y que de tu madre ? "

" Me enseñó una cración."

" ¿ Y cual es esa oración ? dime, dime."

El niño se arrodilló, juntando las manos, y vertiendo algunas lágrimas, dijo con voz temblorosa—

" Señor, conviértame ; cambia mi corazón ; enséñame a confiar en Ti y amar a mis hermanos como Jesús nos amó. Amén."

" Mi hijo, mi hijo." exclamó la Condesa, y a pesar del ollín, abrazó al niño y dijo. " Tu eres mi hijo Carlos."

" Mi madre." dijo el niño, " ¿ donde está ? Así me llamaba—Carlos, Carlos."

" Te digo que yo soy tu madre." y sollozos interrumpieron las voces de la madre y el niño. Ambos lloraban, pero eran lágrimas de gozo. La madre se arrodilló al lado del niño y exclamó de la plenitud de su corazón. " ¡ Mi Dios ! ¡ mi hijo ! ¡ mi hijo ! "

Aquí el amo del niño entró en el salón y se sorprendió al ver a su aprendiz y esta gran señora sobre sus rodillas. Ella le preguntó como vino a conseguir al niño. Le contestó que un hombre que se titulaba padre del niño, se lo dió por una suma de dinero ; y que este hombre desde hacía un tiempo estaba enfermo en un hospital, y posiblemente ahora había muerto.

La Condesa de Belville se apresuró a ir al hospital donde halló un hombre moribundo, quien confesó que tres año atrás había robado a un niño que saltaba por encima del tapial de un jardín, y que cometío este crimen con el propósito de ganar algún dinero alquilándolo como limpiador de

chimineas a uno del oficio. Nunca había visto el aviso en los diarios acerca del niño.

A contar de esta fecha Carlos era el gozo de su madre ; y ella para perpetuar el acontecimiento en su historia, reunió el 1° de Mayo el día en el cual halló a su hijo, por muchos años, un gran número de pequeños limpiadores de chimineas de su edad, para entretenerlos, y contarles la historia de Carlos y enseñarles que Dios siempre oye nuestras oraciones, y las contesta, pero muchas veces de una manera que no esperamos.

La buena Condesa asimismo les enseñó que así como su hijito estuvo perdido una vez, los pequeños niños y niñas están por naturaleza perdidos en pecado. Tambien les dijo que asi como ella amaba a su hijo y anhelaba tenerle cuando estuvo lejos de ella, a pesar de su maldad y desobediencia, así Dios ama a cada pequeño nino y niña, por malo ó desobediente que el ó ella pudiera ser. Finalmente les dijo que asi como ella le dió la bienvenida a su hijito y le besó, pobre, ignorante y sucio como estaba, Dios está dispuesto a recibir y perdonar y abrazar cada pecador, pequeño ó grande, que viene a El por el Señor Jesucristo.

El Pequeño Trompeta

FUÉ durante mi servicio en el ejército en la India, tiempos colmados de mucho movimiento, motines, homicidios, etc. En mi regimiento hubo un pequeño trompeta. Me había fijado que era demasiado frágil y delicado para la vida que debía llevar, pero había nacido en el regimiento y nos tocaba hacer de él lo más que podíamos. Su padre, uno de los mas valientes, murió en el frente de batalla, y su madre se consumió lentamente y falleció seis meses despues. Ella era hija de uno que leía las Escrituras, una persona delicada y prendada, habiendo criado al niño estrictamente, de acuerdo con la luz que ella tenía. A pesar de sus inclinaciones religiosas, todos generalmente la querían y la respetaban, y el niño era como ella, pero como a él le agradaba mas ír a las reuniones de oración que juntarse con los demás en sus payasadas. no era muy popular, y en consecuencia se mofaban de él.

Despues de la muerte de su madre—y esto lo llegué a saber mas adelante—vino a ser el blanco de los insultos, mofas y burlas de los soldados y su vida se hizo miserable.

Mas ó menos dos años despues, cuando Guillermo Holt tenía unos catorce años, el regimiento había hecho campamento unos kilometros distantes del cuartel para ejercicio de tiro. Era mi intención que el joven permaneciese en el cuertel, considerando que era demasiado delicado para esa clase de vida y trabajo pues el terreno era anegadizo é insalubre, pero el sargento primero me rogó mucho que le dejase ir.

" Me parece que habrán dificultades con la tropa, mi Coronel," me dijo, " y por mal que tratan al joven—y a veces le hacen sufrir—su coraje y paciencia tiene efecto sobre ellos, por cuanto el muchacho es un santo, señor, lo es de veras."

Tenía entonces unos reclutas muy groseros, y antes de terminar la primera quincena ya habían cometido varios actos de insubordinación y en vista de que no eran tiempos de poner

miras, resolví que la próxima vez haría ejemplo del culpable castigándole con azotes.

Una mañana se me informó que durante la noche los blancos habían sido echados por tierra y hechos pedazos de tal modo que no era posible llevar a cabo el ejercicio de tiro. Esto era un caso serio, y practicada la averiguación resultó que el ó los culpable eran los que dormían en la misma carpa que Guillermo Holt, dos de ellos los peores de todo el regimiento.

Todos fueron arrestados para juicio sumarísimo una vez que hubiese suficiente prueba en el sentido de que ellos eran los culpables. En vano se les dijo que produzcan al culpable, y finalmente yo hablé.

" Todos hemos oido las pruebas presentadas que comprueban que el hecho luctuoso llevado a cabo anoche fué cometido por uno de aquellos que estan frente a nosotros." Dirigiéndome a los prisioneros, agregué: " Si alguno de Vds. que anoche durmieron en la carpa Nº 4 se presenta para recibir su castigo como verdadero hombre, los demás quedan libres; pero si no, no queda alternativa sino castigar a todos, cada uno recibirá diez azotes."

Por el espacio de dos minutos hubo un silencio profundo; luego de en medio de los prisioneros, donde su pequeño cuerpo se hallaba escondido, Guillermo Holt se adelantó.

" Coronel," dijo, " Vd. ha dado su palabra que si uno de los que han dormido anoche en la carpa Nº 4 se presenta para recibir el castigo, los demás quedan en libertad. Yo estoy dispuesto, señor, y por favor aplíquemelo ahora."

Por un momento no pude hablar, tan desprevenido me había tomado lo dicho, luego con furia de ira y repugnancia, volví sobre los prisioneros.

" ¿No hay un hombre entre Vds? ¿Son todos tan cobardes que permiten a este jovencito sufrir por vuestros pecados?, por cuanto Vds. bien lo saben tanto como yo que él no tiene culpa." Pero hoscos y silenciosos se quedaron sin pronunciar palabra.

Luego volví al jóven cuyos ojos llenos de paciencia y ruego estaban fijos en mi cara, y nunca en mi vida me he visto en un trance tan dificil. Sabía que mi palabra era firme, y el muchacho lo sabía tambien cuando dijo nuevamente, " Estoy listo, señor."

Con pena en el corazón, dí la órden, y lo llevaron para el castigo.

Con coraje se paró con la espalda desnuda mientras el primer, el segundo y tercer azotes cayeron sobre él. Al cuarto se le escapó un débil gemido de sus blancos labios, pero antes que cayese el quinto un grito ensordecedor se hizo oir del grupo de prisioneros quienes habían sido obligados a presenciar el castigo, y con un salto Santiago Sykes, el peor recluta del regimiento, arrebató el azote y con frases entrecortadas por sollozos gritó: " Suspenda, Coronel, suspenda el castigo y aplíquemelo a mí. El nunca lo hizo, fuí yo," y con cara de angustia abrazó al jóven.

Desvaneciendose y casi sin poder hablar, Guillermo levantó sus ojos hacia el hombre y sonrió, una sonrisa tan dulce. " No, Santiago " susurró, " Vd. está libre ahora, la palabra del Coronel es firme." Su cabeza cayó hacia adelante, se había desvanecido.

El siguiente día mientras me acercaba a la carpa que servía de hospital donde se hallaba el jóven, me encontré con el médico. " ¿Como está el jóven? " pregunté. " Empeorando, Coronel," dijo quietamente. ¡Qué! exclamé horrorizado y sorprendido por su palabra.

" Si, lo que sufrió ayer era demasiado para sus pocas fuerzas. Esto lo he sabido por mucho tiempo," agregó; " este episodio ha servido para apresurar las cosas." Luego, asperamente, agregó. " Está más para el cielo que para la tierra "; y con una sospecha de humedad en sus tiernos ojos viejos, se puso a un lado mientras yo pasé a la carpa.

El niño moribundo estaba descansando sobre las almohadas, y a su lado, medio arrodillado, estaba Santiago Sykes. El cambio en la cara del jóven me alarmó, pálida enteramente, pero sus grandes ojos resplandecían con una luz maravillosa, extrañamente dulce. El hombre que estaba arrodillado levantó la cabeza y ví sobre su rostro grandes gotas de sudor a medida que decía con palabras entrecortadas:

" ¿Porqué lo hiciste, muchacho, porqué lo hiciste? "

" Porque lo quería recibir por tí, Santiago, contestó la débil voz de Guillermo con ternura. Pensé que si lo hiciera te ayudaría a entender un poco porque Cristo murió por ti."

¡" Cristo murió por mi "! repitió el hombre.

" Sí, El murió por tí porque te amó, como yo te amo,

Santiago; salvo que Cristo te ama mucho más. Yo sufrí solamente por un pecado, pero Cristo tomó el castigo por todos los pecados que has cometido. El castigo de todos tus pecados era la muerte, Santiago, y Cristo murió por tí."

" Cristo no tiene nada que ver conmigo, muchacho. Yo soy uno de los malos; y tu lo sabes."

" Pero, El murió para salvar a los malos, precisamente a ellos. El dijo ' No he venido a llamar justos, sino pecadores ' (Mateo, 9: 13). ' Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos: si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana ' (Isaias, 1: 18). Querido Santiago, habrá muerto en vano el Señor. Oye. Te llama. El ha vertido Su preciosa sangre por tí. Está golpeando a la puerta de tu corazón. ¿ No Le dejarás entrar? ".

La voz del jóven se perdió, pero colocó su mano sobre la cabeza del hombre.

Parado allí en la sombra sentí que mi propio corazón se había conmovido. Semejantes cosas había oido una vez, hacía mucho tiempo. Pensamientos acerca de una madre que yo había idolatrado parecían volver del lejano pasado, y las palabras se asemejaban a un débil eco de las suyas.

Cuanto tiempo estuve allí no sé, pero la voz enronquecida del hombre me llamó a la realidad y ví que Guillermo se había caido hacia atras sobre las almohadas desvanecido. Pensé que se había ido, pero unas gotas del remedio le hicieron volver en sí. Abrió los ojos pero no veían. Susorró, Cántame, mamá, " murmuró," " Las Puertas de Perla," " estoy tan cansado." De repente me acordé de las palabras. Las había oido en un pasado lejado y me encontré repitiéndoselas al jóven moribundo:

" Por largo que sea el día,
Llega al fin á la puesta del sol,
Y descansa el obrero cansado
Bendecido de paz y perdón;
Por dificil y duro el camino,
Y lleno de toda aflicción,
Conduce a las puertas de perla,
La ciadad tan bendita de Dios."

" Gracias, Coronel," murmuró, " Pronto estaré alli."

Su tono de confianza me parecía tan extraño, que involuntariamente dije, " ¡Adonde? "

" En el cielo, por supuesto, Coronel, se está pasando lista y me llaman, las puertas están abiertas, el precio ha sido pagado." Luego, quietamente y como soñando repitió:—

" Tal como estoy, sin más decir,
Pues Tú has muerto para mí,
Y me invitas a venir—
Vengo—Cordero de Dios."

Luego, una vez más levantó sus ojos hacia mí, y dijo:

¿" Vd. le ayudará, señor? " suspiró, colocando debilmente su mano sobre la cabeza del hombre que había quedado arrodillado a su lado; " Vd. le mostrará el camino a—las—Puertas —de—Perla."

A medida que cada palabra la pronunciaba con dificultad así su respiración apenas partía de sus labios. Repentinamente una luz gloriosa iluminó sus ojos moribundos, y con un radiante y alegre grito, extendió sus brazos como gesto de bienvenida: ¡" Madre! ¡madre! ".

Su voz clamó conmoviendo el corazón de cada hombre que escuchaba. Luego lentamente sus brazos débiles se cayeron, la luz se apartó de sus ojos, y el espíritu valiente del muchacho martirizado se fué con Dios.

Impreso en Inglaterra.

Entresacado de "Wise unto Salvation"
por Sr. E. C. Brown, 147 Purley Downs Road, Sanderstead,
Surrey, Inglaterra